

Y la primera reunión en España fue en mayo de 1984 en San Juan de la Penitencia (Toledo), en donde se reunieron buena parte de los contemporaneístas españoles que, desde sus inicios en la profesión, marcarían el relato de la Transición. Pero... ¿se construía ese pasado desde la suficiente lejanía de análisis?

Resulta bien curioso constatar cómo el esfuerzo y la voluntad desde el Estado de explicar lo que ocurrió se incrementa en aquellos años, pero también se frena de manera rápida a finales de los ochenta. Aquel esfuerzo se centraba en el trabajo de autores como Santos Juliá, Álvarez Junco, Javier Tusell, Álvaro Soto, Abdón Mateos... El esfuerzo en la realización de Congresos a principios de los años noventa sobre la Transición y el franquismo desarrollados desde la UNED fue notable. Quizás habría que destacar algo más la continuidad de este esfuerzo en años siguientes, con revistas especializadas que siguen teniendo enorme impacto, como esta en la que leéis estas líneas, u otros proyectos.

Porque la década siguiente, la de los noventa, ve llegar relatos más pesimistas sobre ese pasado. El contexto mundial cambia tras la caída del Muro de Berlín en 1989. Se abre una nueva etapa, sin duda. Con el cambio de siglo llegan las menciones a una 'segunda transición', concepto desde luego mucho más difundido de manera interesada entre los medios políticos que una realidad basada en nuevos enfoques historiográficos sobre el objeto de estudio que señale algún corte sustancial en su percepción. Esos años noventa hasta el cambio de siglo están plagados de recuerdos sobre la Transición, pero generalmente desde una perspectiva estática, de consolidación del recuerdo, y centrado en actos conmemorativos que reafirma el carácter memorialista de la interpretación dominante.

Pasamar cierra en el año 2015 con tres referencias de futuro, cada una en su interpreta-

ción, generación y estilo, como Ferrán Gallego, Sophie Baby o Enmanuel Rodríguez. Puede ser que historiográficamente en poco tiempo observemos un corte generacional por estas fechas, una nueva etapa tras la crisis económica y la pandemia de carácter mundial.

Hay un afán de exhaustividad en la obra. Se mezclan comentarios del autor con comentarios de los autores analizados, pero inserta perspectivas temáticas sugerentes que solo se pueden observar desde un análisis de amplio recorrido como este. Un apartado sugerente resulta la comparativa de producción de la novela negra en la Transición y la memoria cercana, o el acercamiento a la historia cultural con listados cronológicos muy útiles para observar la evolución de varias décadas. Es, desde luego, una obra de clara voluntad de compilación, en la que hay que ir buscando ese hilo conductor, la hipótesis del autor sobre el tema. La presentación exhaustiva dificulta la comunicación de una interpretación líneal en beneficio de un planteamiento más erudito. Una obra de consulta necesaria para todos aquellos que demanden un primer acercamiento al tema.

*Emilio Grandío*

Universidad de Santiago de Compostela

Juan AVILÉS FARRÉ

*La estrategia de la tensión. Terrorismo neofascista y tramas golpistas en Italia 1969-1980.* Madrid, UNED-Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2021, 326 pp.

La expresión «estrategia de la tensión» la empleó por primera vez el diario británico *The Observer* tras el atentado cometido en la Piazza Fontana de Milán el 12 de diciembre de 1969 (que dejó diecisiete muertos y siete heridos). Esta locución designa habitualmente la actuación de un criptopoder que impulsaría a elementos neofascistas a cometer masacres (*stragi*) indiscriminadas durante los «años de

plomo» sin reivindicarlas, para atribuir las a la izquierda, eventualmente asociadas a golpes de Estado que contarían con apoyo ultraderechista. Su fin sería contener el avance del Partido Comunista, evitar su acceso al gobierno, e instaurar ejecutivos autoritarios. Tras esta pretendida estrategia se hallaría un *Deep State* nebuloso que podría incluir desde jerarcas militares hasta elementos como Licio Gelli (inquietante dirigente de la logia P2), o ámbitos de los servicios de inteligencia militar y la OTAN. Que tal visión conspirativa de la violencia sea indemostrable no ha impedido que haya sido asumida como «verdad» en círculos políticos, judiciales, académicos y mediáticos desde los años setenta. Arraigó porque ofreció una explicación a lo que era inexplicable (y en diversos aspectos aún lo es): la imposibilidad de esclarecer diversas matanzas en las que había ultraderechistas implicados con oscuros vínculos con militares y elementos de la Inteligencia.

En tal marco, el historiador Juan Avilés, conocido por trabajos precedentes sobre la violencia política, acomete una tarea ambiciosa con esta obra: clarificar qué hay de falso, de cierto y de plausible en los episodios y actores medulares de la estrategia de la tensión, al tiempo que ofrece una interpretación de los hechos. Para ello, estructura el libro en quince capítulos que, a la luz de las fuentes disponibles, examinan las matanzas de Milán (1969), de Brescia y del tren Italicus (ambas de 1974), la de Bolonia (1980) y el atentado contra carabinieri en Peteano (1972). También revisa los intentos de golpe de Estado (reales y supuestos) de Borghese (1970), de la Rosa de los Vientos (1971-1973) y Sogno (1974). Asimismo, disecciona el pretendido papel de la OTAN en los atentados a través de la red Gladio, el rol de unos enigmáticos Núcleos de Defensa del Estado y el atribuido al masón Gelli como «gran titiritero» político. De este modo, cada capítulo reconstruye un caso, presenta a sus actores, sean estos personas o

instituciones; muestra sus entresijos, y expone las interpretaciones que ha generado con sus discordancias; y termina con un balance de lo que es verídico, lo que es incierto y lo que es verosímil. El resultado es un ensayo que llena un vacío importante y constituye un trabajo de referencia obligado al reunir tres virtudes.

La primera es su riqueza de fuentes, que ya por sí sola justifica la publicación del libro. Avilés recurre a la bibliografía más relevante del tema, consulta archivos, documentación de comisiones parlamentarias y sentencias judiciales. Ello le permite reconstruir los hechos integrando las contradicciones flagrantes que a menudo presentan los testimonios de sus protagonistas y las sentencias que se han sucedido durante peripecias procesales de décadas. En este aspecto, el lector agradece la relación de *dramatis personae* que aporta el autor con una descripción minimalista y un índice onomástico, ya que permiten seguir la actuación de algunos personajes que son transversales en la casuística investigada y devienen viejos conocidos del lector. En tal sentido, la obra redimensiona el protagonismo casi ubicuo atribuido al célebre Stefano delle Chiaie en los episodios citados, mientras aumenta el de un neofascista menos conocido, Franco Freda.

El libro ofrece, así, un estado de la cuestión actualizado y cuidado, que permite a Avilés desmitificar con fundamento la existencia de esta estrategia de la tensión, lo que es la segunda virtud de la obra: cuestionar la visión complotista de la violencia neofascista que la asocia a «masacres de Estado» y a la acción de un sector del mismo que actuó de forma autónoma y con apoyo supuesto de EE UU. El autor manifiesta de este modo que «no hay ninguna prueba que vincule los intentos de golpe de Estado [...] con los grandes atentados fascistas». A la vez, recurre ocasionalmente a una ironía contenida, y señala que la visión de la Logia P2 que proyecta el informe de una comisión parla-

mentaria parece propia «de un antiguo filósofo que postula la existencia de una realidad situada más allá de nuestro mundo sublunar».

En sintonía con lo expuesto, la tercera virtud del libro radica en la hipótesis que traza en las conclusiones. Avilés manifiesta que ciertamente hubo amenazas golpistas reales, aunque no llegaron a adquirir solidez suficiente; que las *stragi* fueron de autoría neofascista, pese a que judicialmente no están totalmente esclarecidas; y que en algunos casos hubo elementos del aparato de seguridad del Estado que encubrieron a terroristas y torpedearon investigaciones. En consecuencia, afirma que hubo una «estrategia neofascista de la tensión», mediante la cual los ultraderechistas quisieron erosionar la confianza en el sistema democrático. En tal contexto, plantea que se habría producido la confluencia de lo que caracteriza como «jinetes temerario y caballeros desbocados». La percepción del comunismo italiano como una quinta columna de Moscú en ambientes castrenses habría avivado en ellos la creencia de que podría ser necesario «tomar medidas drásticas» para atajarlo, y «los jóvenes y violentos militantes neofascistas podían actuar como útiles auxiliares [...] para acciones al margen de la ley». Ello habría generado «una contigüidad entre militares conservadores y extremistas de derechas» de largo y tortuoso recorrido. El resultado fue que «elementos del servicio secreto fomentaron la creación de grupos armados de extrema derecha, y que uno de estos cometió la matanza de Piazza Fontana, a partir de la cual neofascistas ‘asesinos y paranoicos’, en palabras del general Gerardo Serravalle, quedaron fuera de control, pero en cierta medida protegidos por sus contactos militares, para los que sus pasados compromisos no salieran a la luz. Lo más grave es que todo ello se convirtió en un secreto de Estado que había que proteger a toda costa». Tal vínculo explicaría conductas encubridoras de «los generales Gianadelio

Maletti y Giovanbattista Palumbo, y quizá también algunas absoluciones dictadas en juicios por matanzas terroristas o por conspiraciones golpistas». Desde nuestra óptica, tal propuesta permite comprender mejor una realidad poliédrica y que aún presenta cabos sueltos.

En síntesis, Avilés ha hecho un estudio sólido, solvente, y más que meritorio de un tema complejo y laberíntico (en cuyos recovecos es fácil extraviarse), a la vez que aporta una hipótesis plausible sobre los vínculos entre neofascismo, masacres y sectores del Estado que emerge del contraste de fuentes contradictorias y del apego a los hechos. Las fuentes no permiten ir más allá, pese a la impunidad que comporta para algunos autores e intelectuales de aquellos crímenes. Sobre esta frustración que crea la dificultad de hacer emerger la verdad, el historiador Pierre Vidal-Naquet (cuyos padres murieron en Auschwitz) hizo esta reflexión al analizar el negacionismo de las cámaras de gas: «el mal existe alrededor de nosotros, y en nosotros» y ante este podemos ser «aún felices si [...] podemos recoger algunos trozos de verdad, experimentar algunos fragmentos de satisfacción». Juzgamos oportunas estas palabras, porque eso es lo que precisamente hace el libro con la cuestión que aborda: iluminarla con genuinos «trozos de verdad».

Xavier Casals Meseguer